



rmbm.org



rmbm.org/rinconector/index.htm

LLUVIA FINA



Luis Landero

Murcia

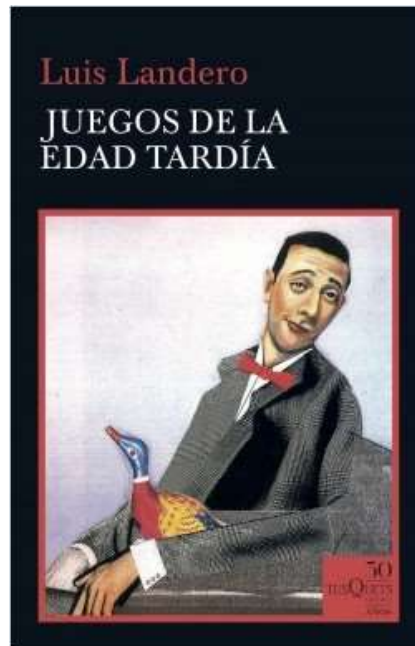
Luis Landero

https://www.cervantes.es/bibliotecas_documentacion_espanol/creadores/landero_luis.htm

Luis Landero Durán (Alburquerque, Badajoz, 25 de marzo de 1948). Escritor, periodista y profesor.



Se traslada en su adolescencia a Madrid y comienza a escribir. Compagina diversos trabajos con sus estudios de Filología Hispánica en la Universidad Complutense de Madrid y posteriormente ejerce como profesor en la Universidad de Yale, en la UCM y en la Escuela de Arte Dramático (RESAD) de la misma ciudad.



En 1989 sale a la luz su primera novela, «Juegos de la edad tardía», con la que obtiene una gran acogida por parte de crítica y público, así como el Premio Nacional de Literatura y el Premio de la Crítica.

Luis Landero compagina la ficción con el periodismo, que le lleva a obtener el Premio Mariano José de Larra por «¡A aprender al asilo!» en 1992. Posteriormente publica «Caballeros de fortuna» y «El mágico aprendiz», novela con la que obtiene el Premio Extremadura a la Creación en el año 2000. Dos años más tarde publica «El guitarrista» y,

en 2008, queda finalista en el Premio Nacional de Narrativa Dulce Chacón con la obra «Hoy, Júpiter». Al año siguiente vio la luz su obra “Retrato de un hombre inmaduro”.



Fascinado por la precisión y el lenguaje, en su obra pueden apreciarse influencias de Cervantes y del realismo mágico latinoamericano, lo que le ha llevado a consagrarse como una figura fundamental de la narrativa en español. En su honor se dio nombre al Certamen Literario de Narraciones Cortas Luis Landero, que se convoca a nivel internacional para todos los alumnos de secundaria de los países hispano parlantes.

Su obra ha sido traducida al francés, alemán, holandés, noruego, griego, sueco, danés y japonés, entre otras lenguas.

Narrativa

- 1989.- Juegos de la edad tardía
- 1994.- Caballeros de fortuna
- 1999.- El mágico aprendiz
- 2002.- El guitarrista
- 2007.- Hoy, Júpiter
- 2009.- Retrato de un hombre inmaduro
- 2012.- Absolución
- 2014.- El balcón en invierno
- 2017.- La vida negociable

2019.- Lluvia fina

Artículos, ensayos y conferencias

1994.- Experiencia pedagógica de un escritor

1996.- Entre líneas: el cuento o la vida

2000.- El creador ante la enseñanza de la literatura

2002.- Esta es mi tierra

2004.- ¿Cómo le corto el pelo, caballero?

2005.- La metamorfosis

2005.- Tumbados y resucitados

2007.- Bienvenidos a Ítaca

2007.- La sombrilla de Emma

2009.- Pasión, serenidad

2010.- Un cofrade más.

<https://www.elmundo.es/blogs/elmundo/escorpion/2011/12/02/bendita-juventud-maldita-juventud.html>

¡LOS RELATOS NO SON INOCENTES!

Aun cuando se trate de una novela amarga, pesimista, e incluso podría decirse que trágica, toda esta desazón que se desprende de la lectura de *Lluvia fina*, aparece matizada por sucesivos ribetes de humor

Después de tantas buenas novelas, Landero es de los novelistas que nunca decepcionan, pues pocos como él han ahondado en los entresijos de la conducta humana

FERNANDO VALLS losdiablosazules@infolibre.es | 29 MARZO 2019

En *Lluvia fina*, la última novela de Luis Landero, Sonia, a quien me referiré como la madre, va a cumplir 80 años, por lo que su hijo Gabriel, profesor de Filosofía en un Instituto de bachillerato, quiere organizar una fiesta familiar para propiciar la reconciliación entre ella y los tres hermanos (Sonia, Andrea y él mismo), olvidando los reproches que se han intercambiado a lo largo de los años. Pero si Gabriel resulta ser el primer acicate del conflicto latente, Aurora, su mujer, será al fin y a la postre la auténtica protagonista de esta historia, en su papel de interlocutora paciente de todos ellos, el filtro por el que pasen las historias, además de su víctima propiciatoria. En los extremos opuestos, dos a dos, por lo que a la conducta moral se refiere, se encontrarían Horacio y el mismo Gabriel. Aquel es el exmarido de Sonia, se casaron cuando ella tenía 14 años y él 35, y tuvieron dos hijas: Azucena y Eva, periodista y bióloga, respectivamente. Si bien se divorciaron hace ya casi 30 años, sin que sepamos qué ocurrió de veras entre ellos. En cambio, la otra hermana, Andrea, siempre se ha mostrado como una incondicional enamorada de su cuñado.

La acción transcurre a lo largo de seis días, durante el carnaval, si bien son constantes las referencias al pasado. Cuenta la historia un narrador omnisciente que va cediéndole la voz a los personajes, a la vez que Aurora nos transmite las quejas del resto, sobre todo de Sonia y Andrea. Son voces que lanzan sus peroratas o puntualizan las opiniones ajenas, señalando lo que tienen de fantasía o mentira. Y puesto que Aurora es la única que sabe escuchar, “ella es en realidad la única dueña absoluta del relato, la que lo sabe todo” (p. 18).

A lo largo de la narración se plantean diversos conflictos y enigmas: ¿por qué han sido tan infelices? ¿Por culpa de la madre, a quien solo defiende Gabriel? ¿Debe celebrarse la fiesta? ¿Habrían de asistir Horacio y Roberto, la nueva pareja de Sonia? En esta ocasión, podría decirse que todos son lo que parecen, aunque Gabriel y Horacio resulten peores de lo que pudiera suponerse al principio de la historia. Por otra parte, está Alicia, la hija enferma de Aurora y Gabriel, aunque nunca la veamos en escena, ya que quizá represente –junto a su madre– la auténtica realidad problemática. Por un lado, podría decirse que Alicia salva a su madre, pues esta se dignifica al ocuparse de ella, aunque con su decisión final, que no debemos aclarar aquí, la chica quede desamparada. Y a la vez, también podría afirmarse que Alicia condena a su progenitor, al no interesarse apenas por ella, mostrándose distante. Lo curioso es que no llegamos a saber qué le pasa, más allá de sufrir “una alteración grave del desarrollo” (p. 172).

El caso es que tanto la madre como sus hijas, Sonia y Andrea, son transparentes en su maldad, aunque la actitud de Gabriel pueda ser no menos dañina, si bien en la trama la descubramos más tarde, quizá porque aparece disfrazada con excusas, palabrería hueca y una cierta filosofía de secano. Así las cosas, solo dos personajes, entre los principales, en lo mucho que tiene esta de novela coral, alcanzarían a salvarse: Alicia, la niña enferma, y la paciente y abnegada Aurora, aunque en un momento dado, hacia el desenlace de la novela, no pueda soportar más a su marido tras atar cabos y darse cuenta de quién era realmente, ni tampoco el bombardeo de razones y sinrazones, de mentiras, a que la somete el resto de los personajes. En ese sentido, en el último capítulo se presenta en síntesis toda la historia. Así, ella acaba pagando por todos, y al dar ese salto al futuro, parece sacrificarse, de manera simbólica, por los demás. No puedo ser más explícito para no destripar la novela.

Acaso también destacaría a la madre y a Andrea. La primera es una mujer sombría, fatalista, que parece estar en el origen de todos los enfrentamientos familiares. A lo largo de su existencia había trabajado como practicante, callista y mercera, a veces simultáneamente, y suele

opinar que la alegría trae mala suerte y otras cosas por el estilo. Me parece que tiene algo de personaje galdosiano, por su obsesión por el dinero, su miseria moral y el gusto por la sentencia pesimista. Por su parte, Andrea es un personaje con numerosos entresijos, pero sobre el que Landero carga demasiado las tintas. Tiene un físico poco agraciado, con “un cuerpo robusto, torpe y vagamente andrógino”, pero además se nos dice que tiene las piernas cortas y gordas, el pelo lacio y los ojos chicos y sin brillo. Andrea ha tenido vocación religiosa, pero también soñaba con ser una estrella del metal y del punk... Además, cree en la telepatía, es vegetariana, animalista y ecologista, así como voluntaria social; defiende la medicina natural y practica el senderismo, aficiones que en una persona estable serían dignas de encomio, pero que en ella son otros fanatismos más. Sea como fuere, trabaja en una residencia de ancianos y finalmente en una estafeta de correos. Se considera una Cenicienta y ha intentado suicidarse en varias ocasiones. En sus comentarios tiende al lenguaje grandilocuente, como su hermano. En suma, Andrea se siente muy desgraciada porque está convencida de que su madre le ha amargado la existencia y porque cree ser ella quien debía haber compartido la vida con Horacio. Así, en dos momentos de la narración traza un balance de sus agravios (pp. 160 y 221). Y por lo que se refiere a Sonia, de la que no puedo ocuparme como se merece, destacaría su autorretrato –digamos— oblicuo (p. 115).

Según ha confesado el autor en una de las entrevistas que ha concedido estos días, la novela tiene su origen en una noticia que leyó en el diario El País, donde se contaba que una familia se había reunido para celebrar un cumpleaños que acabó en tragedia. *Lluvia fina* se compone de 16 capítulos y Landero se vale de un motivo literario clásico: la reunión de viejos amigos, en este caso los miembros de una familia, tras varios años sin verse apenas, cuyo resultado acaba mal, pues surgen de nuevo todos los rencores y reproches acumulados después de tanto tiempo. Aunque en este caso, la fiesta no llegue a contársenos nunca. El título de la novela, al que se alude en el cierre (“la lluvia es menuda pero persistente”, p. 264), funciona como una afortunada metáfora del contenido, pues ese chirimirí en que se convierte la queja por sentirse agraviados, el reiterado victimismo, las mentiras e inconfesables secretos, va calando en Aurora, hasta abocarla

a un inesperado desenlace. Mientras que al resto de los personajes, esos dimes y diretes maliciosos, parezcan afectarles menos. Pero, puesto que en la novela se apunta a la necesidad de tener secretos, tenemos que ver cuáles y por qué acaban revelándose. Sobre todo, los de Horacio y Gabriel, los principales personajes masculinos de la novela. De este último, por ejemplo, se nos cuenta su tendencia al discurso insustancial, a la vagancia y a las ensoñaciones eróticas (ve a escondidas revistas pornográficas, escribe poemas obscenos y parece disfrutar de los placeres solitarios). Y dado que, además, se nos presenta como un inconstante y un tastaolletes (aquel que se limita a picotear aquí y allá), su mal es el aburrimiento. En cambio, las tres mujeres se muestran transparentes en su maldad o inmadurez.

Aun cuando se trate de una novela amarga, pesimista, e incluso podría decirse que trágica, toda esta desazón que se desprende de la lectura, aparece matizada por sucesivos ribetes de humor (véanse, por ejemplo, los episodios que aparecen en las pp. 37, 87 y 168), convirtiéndola en una tragicomedia. A veces, los diálogos rezuman ironía, y el tono, insistente y desmesurado, por no insistir en la gradilocuencia, nos provocan una leve sonrisa. Y ese humor resulta imprescindible para que la historia no solo parezca verosímil, sino también para que nos llegue oxigenada. Bueno, pues esa distancia imprescindible que hay entre el tono, los hechos relatados y cómo los recibe el lector, se logra a través de unas ocasionales dosis de humor. No en vano, casi todos los personajes, la excepción quizá sea la madre y Aurora, tienen algo de teatrales, aparte de sobreactuar.

No podemos dejar de preguntarnos si es posible, y sensato, hacer una lectura metafórica de la novela, aunque no en todos los casos lo haya pretendido el autor, por lo que se refiere a los conflictos de la España actual. Sobre todo, en relación con la dicotomía memoria/olvido; la sinceridad/discreción como una forma de civilizada convivencia, o con la intentona secesionista catalana, y sus correspondientes mentiras, insolidaridad y agresiones. Al final, en el relato, tras sucesivos agravios de unos y otros, resulta imposible saber quién tiene razón, que es lo mismo que ocurre hoy con tantas cuestiones, debido a la sobreabundancia de información, a las mentiras y falsas verdades con

que se formulan. Pues como afirma Landero en otra entrevista, más que evidencias, hay verdades poliédricas. Pero de ser plausible aquella lectura metafórica, Aurora nos representaría simbólicamente a todos, tanto al sufrido ciudadano de Cataluña como del resto de España, no fanatizado. En cualquier caso, Landero centra su atención en el ámbito reducido de la familia, convertida en un mundo cerrado, trasunto del conjunto de la sociedad, cuyos conflictos podrían representar los de toda España, pues ha afirmado: “España es una familia mal avenida en la que de nuevo se masca la tragedia” (entrevista de Miguel Lorenci, “Luis Landero novela en Lluvia fina un cumpleaños que acaba en tragedia”, en La Voz de Galicia, 12 de marzo del 2019). Sea como fuere, el caso es que la novela dialoga con diversos temas candentes hoy en día. Así, por ejemplo, afirma Aurora: “Deberíais descansar del pasado, dejar de darle vueltas...” (pp. 95 y 106). En suma, se dice, la memoria tiene mucho de invención; pero, además, plantea la oportunidad de decir o saber callar, un motivo en el que ha profundizado en diversas ocasiones Javier Marías.

La columna vertebral de esta novela estriba en la idea, aparece al comienzo del primer y del último capítulo, así como al final del segundo, de que “los relatos no son inofensivos” (pp. 11, 32 y 261). ¿Pero qué es lo que tiene que contar Aurora, ella que tanto ha escuchado, tal y como se nos anuncia desde el inicio de la novela? Pues todo aquello que le han ido transmitiendo en forma de lluvia fina, la novela que estamos leyendo. El papel de Aurora en la narración es, por tanto, singular, al actuar como catalizadora, como una segunda mediación, tras el narrador omnisciente.

No nos proporciona Landero una visión precisamente optimista del ser humano, a quien nos presenta infantil, depravado, rencoroso, acomplejado y vengativo. En suma, como un ser destructivo. Y a pesar de ello, tenemos la impresión de que en algunos aspectos de la configuración de los personajes hay detalles de la vida del propio autor, sobre todo en Gabriel. Su estado de ánimo quizá se nos muestre, como en ningún otro lugar, en la extraordinaria foto de Carlos Rosillo, publicada por El País, mientras que la caricatura de Sciammarella, en el mismo periódico, lo ha convertido en un extraño gemelo de Rafael

Sánchez Ferlosio. Después de tantas buenas novelas, Landero es de los novelistas que nunca decepcionan, pues pocos como él han ahondado en los entresijos de la conducta humana, con sus aspiraciones, deseos y frustraciones, con semejante habilidad y acierto.



Carlos Rosillo. El País.



Luis Landero, visto por Sciammarella

FAMILIAS FEROCES

Luis Landero firma un libro admirablemente escrito por el que circula una espiral infernal de secretos de sangre

JOSÉ-CARLOS MAINER | 4 MARZO 2019

Por supuesto, la primera frase de un relato no es la primera que se ha escrito, sino la que, en un momento revelador, el autor sabe que anticipará su inevitable final. “Ahora ya sabe con certeza que los relatos no son inocentes, no son del todo inocentes”: cuando esta frase inicial nos captura a los lectores, todavía no sabemos que Aurora —que es quien la piensa— será la víctima de haberlo intuido. Y entenderemos enseguida que su estatuto narrativo no solamente consiste en ser receptora de discursos ajenos. Porque la arrastrará ese torrente de palabras que hierven en la inmensa olla de la convivencia familiar. Como las familias de Tolstói, todas las que habitan las novelas de Landero se parecen, unas involuntariamente cómicas, otras más trágicas (como las de Hoy, Júpiter y Absolución, dos grandísimos relatos), porque en todas se esconde un mismo sistema de rencores, de delirios egoístas, de ejercicios de poder o esclavitudes que se disfrazan de resignación. Y el mismo aroma sofocante de una clase media baja que trabaja sin lograr salir de la penuria: lo reflejan aquí los arbitrios de la madre viuda que invierte sus ahorros en montar una pequeña mercería, mientras prosigue con su trabajo habitual de practicante a domicilio. Todo esto a costa de la frustración de sus hijas y en 1982 —se consigna con ironía—, cuando “en España podía oírse latir al joven y poderoso corazón de la historia”.

Hay dos términos de técnica musical que vienen a la cabeza al leer la subyugante prosa de Luis Landero, tañedor de guitarra, en *Lluvia fina*. Una es el signo de notación musical que avisa al ejecutante del legato, el ligado de las notas, que le obliga a una dicción persuasiva, continuada y armoniosa. La otra tiene que ver con la composición, el ostinato: el énfasis en un acorde que se ha de repetir a lo largo de una melodía, como si fuera un nuncio del destino o, quizá mejor, un recuerdo ominoso de que se cumplirá. Este es un libro admirablemente escrito y de sugestión profundamente musical, porque la música es expresión de la fatalidad y porque surgió de la voz humana y del encuentro de las voces. Nos hallamos ante un texto casi siempre dialogal, pero en una variante poco frecuente: los diálogos que engarzan las confesiones no son autónomos, sino subrogados, contados

a un interlocutor que a su vez los narra a otro, que quisiera ser imparcial y comprensivo. Su bondad natural, su cariño por su marido, han hecho de Aurora —uno de los personajes femeninos más hermosos de la narrativa de Landero— el árbitro involuntario de la catástrofe familiar: un padre —que solo vive en los recuerdos— que fue cariñoso, imaginativo y un poco infantil; una madre que —por contraste— es autoritaria, empecinada y frecuentemente cruel; una hermana —Andrea— que está enloquecida por la envidia y la frustración; otra —Sonia— que, pese a las mismas carencias, conserva un mínimo espíritu de sobrevivencia, y otro hermano, Gabriel, que es infantiloides y egoísta, pero cariñoso y persuasivo, que es el marido de la paciente Aurora. Y es que —como sabemos al final en palabras de Andrea— “la gente es estúpida y ninguna estupidez es ingenua”.

Pero por dentro de la lluvia fina circula una espiral infernal de secretos que ha levantado la idea de celebrar con un almuerzo el 80º cumpleaños de la madre. Y todo empieza a ser peor de lo que ya parecía, porque Gabriel es más que un hombre trivial y egoísta y porque Horacio, que estuvo casado con Sonia, es un ser degenerado y maligno. Y Aurora ya no puede “contar, sonreír, explicar, escuchar” tanta miseria como le espera en los últimos mensajes telefónicos que recibe. El acorde final de Landero —en la noche, bajo la lluvia...— cierra espléndidamente la novela.

https://www.abc.es/cultura/cultural/abci-lluvia-fina-trampa-confidencias-familiares-201903190123_noticia.html

«LLUVIA FINA», LA TRAMPA DE LAS CONFIDENCIAS FAMILIARES

Luis Landero nos ofrece su quizás mejor novela en esta historia coral de sorprendente desenlace protagonizada por una familia repleta de feroces reproches mutuos

JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS | 19 MARZO 2019

Si Luis Landero hubiese querido, habría podido escribir una tragedia, que es el género que mejor se asocia a esta espléndida novela, no solo por la catarsis de un final sacrificial para el único personaje inocente del drama, sino porque técnicamente buena parte de la trama (excepto la historia de Gabriel y Aurora a la que luego iré) es, en el fondo, un diálogo, continuado, casi siempre telefónico, de todos los familiares con Aurora, quien les escucha, primero comprensiva y finalmente asustada de esta lluvia de reproches que va calando como si fuese fina, pero que es pertinaz reproducción de distintas mediocridades y malsanas derivaciones psicológicas. Una mujer, la madre, a la que la viudedad empobrecida convierte en una Bernarda Alba, que provoca tanto la frustración amorosa y laboral de Andrea, como la entrega de su otra hija, Sonia, casi adolescente, a Horacio, un enfermo de degenerada patología sexual, cuando no se da en algún caso el sinsabor de la mediocridad intelectual trasmutada en mentira profesional y afectiva de Gabriel.

Uno podría preguntarse si el final de la novela es justo, pero no si es pertinente, porque el elemento trágico del componente literario que tiñe toda la obra solo podría justificarse desde tal desenlace, moralmente injusto, literariamente necesario. A este crítico no le sorprende que esta novela sea tan buena, casi me atrevería a calificarla como la mejor de Landero tras «Juegos de la edad tardía», puesto que llevaba el escritor extremeño varias entregas en estado de gracia, sin ir más lejos las dos últimas: «El balcón en invierno» (2014) y «La vida negociable» (2017).

Palabras dañinas

Pero lo que sí asombra es que ocurra en un registro y un mundo bastante diferentes al de sus títulos anteriores, incluso aparentemente

opuesto. Excepto en ese breve homenaje a su Faroni, en el antepasado Pentapolín, con quien el padre fallecido había entretenido la imaginación de los tres hijos que van a ser protagonistas de la tragedia, porque su vida ha ahuyentado la fantasía y toda magia, sustituidas por la vulgar administración de un mediocre malpasar social y afectivo. He dicho «aparentemente» porque siempre hubo en Landero, pero acentuado en los últimos tramos de su obra, un rescoldo del fracaso agazapado dentro de cada una de las bromas picarescas, como si su mundo, que es de estirpe cervantina, se tiñese, si no del cinismo de Quevedo, si al menos de «Guzmán de Alfarache».

Esta es una novela familiar, que arranca con el motivo de peleas entre todos, que afloran con la iniciativa de juntarse a celebrar con la madre sus ochenta años. Esa especie de sinsabor agrio de los celos entre hermanos, de los reproches larvados, de las ambigüedades soterradas, y lo dicho a medias o lo no dicho. Porque con las palabras se puede hacer mucho daño, es más, no hace falta ser un filósofo americano del lenguaje para saber que la gente hace más cosas (y más daño) con las palabras que con las acciones.

Purga interior

Por tal razón el excelente «incipit» de esta novela, que creo adeuda bastante a las de Javier Marías, ha deparado uno de sus arranques mejores, porque plantea el tema, muy «mariesco», de los peligros del contar y del decir, o de si no habría sido mejor no contar, o decir menos; o bien por quien escucha, no haber oído, no haber sabido, asunto que Landero retoma antes del desenlace, marcando por tanto el «leitmotiv» de que los mayores daños, en las familias imperdonables y muchas veces irreparables, han nacido verbales, por acción (haber dicho) o por omisión (haber callado).

Antes de que la trama desvele, en golpe de efecto teatral tan exageradamente naturalista como eficaz, el mundo perverso de Horacio, la novela ha discurrido por unas páginas que considero su cima, que evitan lo dialogal, porque precisaba ofrecer aquello que en la novela reina: el universo de reflexiones, de dudas, de Aurora respecto a su marido Gabriel. Esa purga interior de Aurora, excelentemente narrada, es

la que hace zozobrar su perseverante paciencia hasta precipitar un final tan sorprendente como necesario. Otra novela soberbia de un gran Landero.

ENTREVISTA
PÁGINA 2 - RTVE | 14 mayo 2019

[Óscar López habla con Luis Landero sobre *Lluvia fina* \(a partir de 7:26\)](#)

